

el arte está en saber elegir. Mal camino tomarían aquéllos que creyeran encontrar aquí las tendencias «verdaderas» del cuento chileno. No lo decimos por horror a lo nuevo, ni por la incomprensión del género. Lo conocemos muy bien; demasiado bien. Sabemos dónde radican sus méritos y también dónde están sus peligros. Yo creo poseer una mente sólida: he pasado mi vida entre alienados, criminales y escritores; no obstante, al leer «El Unicornio», de Juan Emar, en el pasaje que dice (pág. 136):

«¡Camila!

Marqué el número de teléfono 52061.

¡Camila!».

No pude resistir al impulso de coger el fono y llamar:

—¡Aló! ¿Con el número 52061?

—Sí, señor.

—Dígame, ¿está la Camila?

—No, señor; está equivocado: habla con el paradero de autobuses Biobío.

Colgué el fono; apagué el cigarrillo con cólera, y pasándome la mano por la frente, pensé que sería mejor ir a pasear un rato por el Forestal.—BENJAMÍN SUBERCASEAUX.

■ <https://doi.org/10.29393/At162-310CPUP10310>

### ÚLTIMOS POEMAS, por *María Monvel*

Si el mundo se gobierna por pasiones, como dijo alguien, y las ideas sólo tienen en él influencia restringida cuando no son apasionadas, puede afirmarse que en materia de arte sólo una gran pasión hace la obra perdurable.

Leyendo este libro póstumo de María Monvel, que la Editorial Nascimento acaba de publicar en forma muy cuidada, confirmamos sin vacilaciones esa relación indudable entre el espíritu estremecido y la obra plenamente lograda.

María Monvel fué hasta ayer una poetisa de mérito en nuestra literatura. Pero la publicación de sus «Últimos poemas», la coloca entre los grandes valores de la lírica chilena.

No sabemos de mujer americana que con voz tan simple y tan conmovida haya dicho sus palabras amorosas a una amiga muerta. Pasión de espíritu y desolación afebrada, amargura que viene desde lo hondo y estalla dolidamente en la sugerencia de la estrofa perfecta, con perfección de forma que no alcanzaran sus obras anteriores, hacen de los diez poemas primeros de su libro—el resto lo componen traducciones magníficas—piezas de antología en la lengua castellana.

De «In memoriam» es este soneto sorprendente:

Quién de los dos la amó con un amor más cierto;  
no fuiste tú sin duda que al fin la conseguiste.  
Pues si tu amor creció, fué porque tú la hubiste,  
que sin su amor tu amor de fijo habría muerto.

Yo no tuve esa dicha. Para mi amor despierto  
no hubo nunca el alivio, porque el amor subsiste.  
Y la amé, sin embargo, pobre corazón triste,  
de esperanza y amor y alegría desierto.

Y me dices: «Arriba nos veremos». Es mía  
para el eterno amor y la eterna alegría.  
Y yo, herida, suspiro y suspirando callo.

«En el cielo no hay sexos». Y quizás lograría  
que me quisiera tanto como yo la quería.  
¡Y este es el triste y único consuelo que no hallo!

Voz nueva, palabra no dicha por mujer alguna en lengua española, estos cantos de María Monvel habrán de tener la resonancia que no alcanzó su obra, mientras ella vivió. Véase la frescura y la pasión de estos ocho versos magníficos:

Porque cuando te beso  
los ojos cierro,  
parece que prefiero  
Más me gusta mirarte  
que acariciarte;  
si te miro, te beso  
por todas partes.

Y es así toda la obra póstuma de esta mujer admirable que supo dar entonaciones de eternidad a una pasión desgraciada.

Las traducciones de los sonetos de Shakespeare, las versiones de «Toi et Moi», de Géraldy, de Lamartine y de Goethe nos muestran sus condiciones asombrosas para coger y transmitir el canto que la emocionaba.—C. P. S.